

CARTAS SOBRE LA MESA

LA EUGENESIA A PRINCIPIOS DEL S. XX

Dra. Beatriz Urías:

Me pareció sumamente interesante su reciente ensayo (*Letras Libres*, mayo 2007) del “Hombre Nuevo” de las posrevoluciones y de los Estados totalitarios. Particularmente me atrajo su inteligente punto de vista sobre la novela *Eugenia*, de Eduardo Urzaiz, situada por usted —muy correctamente— en ese contexto de las utopías expresadas en la ingeniería social y en las técnicas medicoeugenesias. Y subraya usted que *Eugenia* es una de las primeras manifestaciones de la eugenesia en el campo de la literatura mexicana.

Al respecto, me complace comunicarle que hace un par de años me encargó la UNAM escribir una “Introducción” a dicha novela, cuya sexta edición (en general y primera de la UNAM, colección “Relato Licenciado Vidriera”) proyectaba realizar. El volumen apareció a finales del año pasado, y desde marzo figura en las librerías universitarias.

En dicha presentación procuro explicar las ideas de Urzaiz inscritas en sus diversas profesiones, así como su circunstancia social motivadora, y también

señalar su anticipación, en trece años, respecto de algunos conceptos críticos (propios de la distopía) que expresó Aldous Huxley en su novela de 1932 *Un mundo feliz*.

Por cierto, hace seis meses se publicó en la sección cultural de la revista *Proceso* (nº 1,571, 10-XII-2006) una nota sobre dicho libro y sobre su “Introducción”, en relación con la entonces reciente película estadounidense *Los niños del hombre* de Alfonso Cuarón. —

Atentamente,

— CARLOS PENICHE PONCE

NO POR MUCHO MADRUGAR

Sr. director:

En el número de mayo de *Letras Libres* España, Eduardo Berti publicó un artículo sobre el desafío que la revista *Wired* lanzó a varios escritores para redactar un cuento en seis palabras, a partir de un texto atribuido a Ernest Hemingway de esa extensión. En dicho artículo se menciona “El dinosaurio” de Augusto Monterroso, cuento que es común citar de memoria y alterarlo en el proceso. Éste parece haber sido el caso, pues en lugar de la versión origi-



Ilustración: Letras Libres / Ulises Culebro

nal: “Cuando despertó, el dinosaurio todavía estaba allí”, en la página 77 del número en cuestión donde debe decir “estaba” dice “seguía”.

Curiosamente, si ese “seguía” permaneciera, podría prescindirse del “todavía” que le antecede, y el cuento quedaría entonces dentro de la caprichosa marca de las seis palabras: “Cuando despertó, el dinosaurio seguía allí.” La elección de Monterroso permite suponer que su intención no era condensar la historia al mínimo, sino contarla de la mejor manera posible. —

Cordialmente,

— GONZALO SOLTERO

FE DE ERRATAS MONUMENTAL

T.S. Eliot se equivocó, cuando menos con respecto a la temporada de gazapos editoriales: no es abril, sino julio, el mes más cruel. Por tres errores involuntarios, pedimos disculpas.

Las primeras a la UNAM, que será coeditora del libro de Eliseo Diego *La insondable sencillez*, con El Equilibrista, y no la mencionamos en el número anterior, al presentar el texto de Diego sobre Pellicer (p. 42).

Las segundas, a nuestro querido amigo y colaborador habitual Guillermo Sheridan, autor de la columna “Saltapatrás”, de cuya pasada entrega, “Encuerados” (p. 94), logramos hacer desaparecer —con fuertes protestas de los lectores— la línea final del último párrafo, que rezaba: “Porque nadie se amontonó, nadie echó bronca, nadie andaba empujando, ni gritando, ni ofendiendo, ni atropellando ni supongo diciéndose unos [y aquí empieza lo que omitimos] a otros esa frase angustiada: ¿qué me ves?”

Las terceras a nuestro poeta Antonio Deltoro, cuyo “Retrato” (p. 69) publicamos con una errata. Aquí la séptima estrofa del poema, tal como debió haber aparecido:

En la casa y el cine era mi madre,
en el colegio, mi profesora;
su aplomo no confundía
el hijo y alumno
y yo pasaba de lo uno a lo otro,
de su intimidad a su intemperie,
sin muchas dificultades,
pero no sin raspaduras:

Y sobre todo a nuestros lectores, las disculpas más sentidas. —

— LA REDACCIÓN